

El Espíritu del año extraordinario de la misericordia

Editorial

“Consolaos, consolaos, pueblo mío:
Pronto llega tu salvación;
¿Por qué te consumes de tristeza?
¿Por qué se renueva tu dolor?
Te salvaré, no temas.

Yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu Redentor”.

Esta cuarta estrofa del *Rorate caeli*, himno de Adviento, posiblemente compuesto hacia 1615 por el padre Bourget, del Oratoire de Jésus-et-Marie-Immaculée de France, es un entretendido de textos de los profetas Isaías (40,1; 43,1.3) y Miqueas (4,9), y puede reflejar el espíritu del año de la Misericordia, pues se trataba de que a través de la puerta de la Iglesia bajase el consuelo de Dios y entrase en los peregrinos atribulados por el pecado.

Ha sido un año de especial consolación para todos, en los que la Iglesia, como madre y como maestra, nos ha consolado con la gracia de Cristo y con la palabra de su Vicario en la Tierra. Entre todas las experiencias, momentos significativos, quisiera hacer memoria agradecida de tres aspectos: el signo de las puertas santas; una vigorosa doctrina sobre la misericordia divina; y un empeño en las obras de misericordia corporales y espirituales, pues el amor está más en las obras que en las ideas, en las palabras o en los sentimientos.

La contemplación de la Misericordia, a través de las puertas santas, abiertas en todas las diócesis.

Sueño con una Iglesia que sea una 'puerta santa' siempre abierta, que abrace a todos, llena de compasión, que comprenda las penas y los sufrimientos de la humanidad, una Iglesia que proteja, consuele y guíe a toda nación hacia el Padre que nos ama (siervo de Dios, F.X. Van Thuan, *Testigos de esperanza*. Ejercicios espirituales dados en presencia de S.S. Juan Pablo II).

Este sueño se ha ido acentuando con fuerza en la vida de la Iglesia del siglo XX, pero fue san Juan Pablo II el que lo subrayó fuertemente con tres

gestos: la encíclica *Dives in misericordia*, la canonización de Santa Faustina Kowalska, y la institución de la fiesta de la Divina Misericordia en la Octava de Pascua. El Papa Francisco nos dirá: «En esta línea, he sentido que hay como un deseo del Señor de mostrar a los hombres Su misericordia. Entonces no es que me haya venido a la mente, sino que retomo una tradición relativamente reciente, si bien siempre ha existido. Y me he dado cuenta de que se debía hacer algo para continuar esta tradición».

Las numerosas puertas de la misericordia, abiertas de par en par, en el corazón de tantas diócesis, nos habla de un Jubileo Extraordinario vivido globalmente. Si han sido numerosos los peregrinos en la ciudad de Roma, han sido muchos más los millones de fieles que en sus pueblos y ciudades han peregrinado para atravesar esa puerta, que es Cristo, nuestro Salvador.

Aunque el Año de la Misericordia se inició oficialmente el 8 de diciembre de 2015, el Papa Francisco abrió la Puerta Santa de la Catedral de Bangui en la República Centroafricana, el 29 de noviembre, como un gesto para alentar la paz en este país y el mundo.

La tercera etapa del viaje fue en la República Centroafricana, en el corazón geográfico del continente: es precisamente el corazón de África. Esta visita fue en realidad mi intención inicial, porque ese país está intentando salir de un período muy difícil, de conflictos violentos y con mucho sufrimiento para la población. Por este motivo quise justamente allí, en Bangui, una semana antes, abrir la primera Puerta santa del Jubileo de la Misericordia, como signo de fe y esperanza para ese pueblo, y simbólicamente para todas las poblaciones africanas más necesitadas de rescate y consolación. La invitación de Jesús a los discípulos: «Pasemos a la otra orilla» (*Lc 8,22*) era el lema para Centroáfrica. «Pasar a la otra orilla», desde el punto de vista civil, significa dejar atrás la guerra, las divisiones, la miseria, y elegir la paz, la reconciliación y el desarrollo. Pero esto presupone un «cambio» que se realiza en las conciencias, las actitudes y las intenciones de las personas. Y a este nivel es decisivo el aporte de las comunidades religiosas (Francisco, Audiencia 2 de diciembre de 2015).

Es la primera vez que un Pontífice realiza este gesto fuera de Roma y en un templo distinto a las basílicas papales de la Ciudad Eterna. Así la primera puerta santa se abrió en el corazón de África, y en Roma el 8 de diciembre en la Basílica de san Pedro. El domingo 13 de diciembre, la de la catedral de Roma, la basílica de San Juan de Letrán, y en San Pablo. Esa misma fecha se abrió una Puerta de la Misericordia en la catedral de cada diócesis del mundo, también en los santuarios y en las iglesias que los obispos han indicado. Este signo de la Puerta Santa está presente en cada Iglesia parti-

cular, para que el Jubileo de la Misericordia pueda ser una experiencia compartida por cada persona. El Año Santo, de esta forma, ha comenzado en toda la Iglesia y se celebra en cada diócesis como en Roma. Unos días después, el 1 de enero de 2016, se abrió la puerta santa en Santa María la Mayor.

Las Puertas Santas, en este Año, son verdaderas Puertas de la Misericordia. La Puerta indica a Jesús mismo que ha dicho:

«Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento». Atravesar la Puerta Santa es signo de una verdadera conversión de nuestro corazón. Cuando atravesamos aquella Puerta es bueno recordar que debemos tener abierta también la puerta de nuestro corazón. Estoy delante de la Puerta Santa y pido al Señor ayúdame a abrir la puerta de mi corazón. No tendría mucha eficacia el Año Santo si la puerta de nuestro corazón no dejará pasar a Cristo que nos empuja a andar hacia los otros, para llevarlo a Él y a su amor (Francisco, 16 de diciembre de 2015).

El viernes 18 de diciembre de 2015, se abrió la puerta santa de la caridad, en el albergue Don Luigi Di Liegro y en el comedor de san Juan Pablo II, en Vía Marsala 109, Roma. Allí, en la celebración Eucarística, el Papa pidió dos cosas: que el Señor abra la puerta de nuestro corazón, a todos; y que el Señor nos haga entender que el camino de la presunción, de las riquezas, de la vanidad, del orgullo, no son caminos de salvación.

El 6 de enero 2016, el cardenal vicario Agostino Vallini, abrió la Puerta Santa del Santuario del Divino Amor en Castel di Leva, a las afueras de Roma, junto al arco de la Torre del Primer Milagro, donde se levanta la antigua imagen de la Virgen entronizada con el Niño Jesús en sus brazos, ambos coronados por el símbolo de la paloma del Espíritu Santo, una Puerta Santa dedicada particularmente a la intercesión de María.

El 13 de noviembre de 2016 se clausuró la Puerta Santa en las basílicas de Roma y en las diócesis; y el 20 de noviembre, en la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, fue clausurada la de san Pedro y, con su cierre, terminó el Año de la Misericordia.

La doctrina de la Misericordia

Desarrollada en la bula de convocación, *Misericordiae vultus*, y en la carta apostólica conclusiva y operativa *Misericordia et misera*; en cuarenta y siete catequesis de los miércoles y audiencias jubilaires extraordinarias de los sábados; en las homilias de doce pequeños grandes jubileos y encuen-

tros multitudinarios; en los ángelus dominicales; en entrevistas a los medios y libros, especialmente en *El nombre de Dios es Misericordia. Entrevista con el periodista italiano Andrea Tornielli*; el Santo Padre ha iluminado consistente y ampliamente una doctrina para hacerla vida.

Las dos primeras catequesis del año de la Misericordia fueron introductorias, sobre el sentido (9 diciembre) y los signos (16 diciembre). A partir del 13 de enero de 2016 iniciaron las catequesis sobre la misericordia según la perspectiva bíblica, en primer lugar sobre el Antiguo Testamento; y desde el 6 de abril sobre el Nuevo Testamento. Desde el 12 de octubre en las obras de misericordia.

Además, hubo once audiencias jubilares extraordinarias de los sábados (30 enero, 20 febrero, 12 marzo, 9 y 30 de abril, 14 mayo, 18 y 30 junio (jueves), 10 de septiembre, 22 de octubre, y 12 noviembre) en las que el Papa desarrolló, más brevemente que en las catequesis ordinarias, los temas de Misericordia y misión, compromiso, servicio, limosna, reconciliación, apiadarse, conversión, diálogo e inclusión.

Es importante este cuerpo doctrinal para potenciar una pastoral de puertas abiertas y dar un sentido verdadero a las obras de misericordia. Especialmente significativa la catequesis que dedicó a conciliación entre la justicia divina y la misericordia perfecta, así como al perdón, pues podría parecer que sean dos realidades que se contradicen; en realidad no es así, porque es justamente la misericordia de Dios la que lleva a cumplimiento la verdadera justicia. Es precisamente la misericordia de Dios la que lleva a cumplimiento la verdadera justicia (cfr. 3 de febrero de 2016).

La Misericordia y bienaventuranzas

La práctica de las obras de misericordia es el otro gran signo de nuestra participación y acogida de la Misericordia divina. En la *Misericordiae vultus* el Papa Francisco expresa un deseo:

Que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos. Redescubramos las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visi-

tar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos (n. 15).

Para dar testimonio de la misericordia de Dios el papa Francisco dedicó una tarde al mes a un gesto distinto, a realizar una obra de misericordia, en lo que se llamó “los viernes de la misericordia”.

En enero la casa Bruno Boozzi, una casa de reposo para ancianos; y la casa Iride, para enfermos en estado vegetativo persistente, ambas en Torre Spaccata; en febrero, la comunidad Don Mario Picchi, para personas que se encuentran en tratamientos de desintoxicación, en Castel Gandolfo; en marzo, el Jueves Santo, el centro Casa de recepción de prófugos en Castelnuovo di Porto; en abril, a los prófugos y migrantes en la Isla de Lesbos. En mayo, en Ciampino la comunidad del ‘Chicco’ para personas con grave discapacidades mentales; en junio a dos comunidades romanas para sacerdotes ancianos y personas en situación de sufrimiento.

En julio, durante el viaje a Polonia rezó en silencio en los campos de concentración de Auschwitz-Birkenau, y visitó a los niños enfermos del hospital pediátrico de Cracovia.

En agosto, visitó una estructura romana de la Comunidad papa Juan XXIII, que recibe a mujeres liberadas de la esclavitud de las mafias de la prostitución. En septiembre, la sección de neonatos ingresados con varias patologías en el hospital San Giovanni (Roma); y luego en Villa Esperanza para enfermos terminales. En octubre, el “Villaggio SOS”, una casa familia de Roma que recibe niños en condiciones de malestar personal, familiar y social. Y en noviembre, el barrio romano de Ponte di Nona, situado al este de la capital, para tener un encuentro con siete familias formadas por jóvenes que en estos últimos años abandonaron el sacerdocio, para dar una señal de cercanía y afecto a estos jóvenes que tomaron una decisión muchas veces no aceptada por sus hermanos sacerdotes y por sus familiares.

Gestos no llamativos, pero profundamente evangélicos, que hacen visible en la Iglesia un camino de cercanía con los pobres espirituales y materiales.

En muchos sentidos el Año santo extraordinario ha sido poner en práctica lo que el Papa ha escrito en su exhortación programática *Evangelii gaudium*:

La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primearean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan... y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrevámonos un poco más a primerear! (n. 24).

Con la carta *Misericordia y miseria*, el Santo Padre establece algunas iniciativas que dan continuidad a este Año Extraordinario de la Misericordia: la prolongación del ministerio de los misioneros de la misericordia (n. 9); la celebración de la iniciativa 24 horas para el Señor en la proximidad del IV Domingo de Cuaresma (n. 11); la concesión a todos los sacerdotes, en razón de su ministerio, de la facultad de absolver a quienes hayan procurado el pecado de aborto (n. 12); la extensión, por decisión personal, a los fieles, que por diversos motivos frecuentan las iglesias donde celebran los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X, de la posibilidad de recibir válida y lícitamente la absolución sacramental de sus pecados, hasta nueva disposición, de modo que a nadie le falte el signo sacramental de la reconciliación a través del perdón de la Iglesia (n. 12); la celebración en toda la Iglesia, en el XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario, de la Jornada mundial de los pobres (n. 21).

Este número de *Ecclesia* desea seguir profundizando en la riqueza de consuelo que Dios, rico en Misericordia, ha ofrecido a su Iglesia.

Ecclesia*

* Este editorial ha sido redactado por el P. Daniel Watt Rocher, L.C., consejero editorial de Ecclesia.